

Algo más que una invitación a la lectura. En defensa de una posmodernidad progresista

JUAN CARLOS ABRIL

Universidad de Granada

jca@ugr.es

El pensamiento literario de un escritor se va formando con los años, desarrollándose y ofreciendo a sus seguidores y exégetas las pistas de su poética. Luis García Montero ha ido desplegando en múltiples artículos, libros y volúmenes información de lo que para él es la literatura y, más concretamente, la poesía, género en el que ha ocupado un lugar preeminente en las últimas décadas en España, extendiéndose su influencia y recepción en Hispanoamérica. Uno de sus libros de ensayo clave, y quizá no todo lo valorado que debería, es *Un velero bergantín. Defensa de la literatura*, publicado en la editorial madrileña Visor, en su colección Visor Literario, a finales de 2014.

Concebido explícitamente en su subtítulo como “defensa”, *Un velero bergantín* es desde sus inicios, además de una apología, una invitación a la lectura de poesía y, por ende, la literatura, pero también a la lectura en general. Asistimos a un ofrecimiento para leer ensayo, teatro o crítica literaria, presentes en todo el libro, con su repertorio de autores y obras, citados a propósito de explicaciones y lecciones sobre diferentes asuntos, como veremos, empezando por los clásicos de cualquier época y tradición. Y nos lo indica a través de este «consejo literario: la mejor forma de estar al día es leer cuatro clásicos por cada novedad»¹. Luis García Montero elige como título un verso de Espronceda, pues ocupa recuerdos sentimentales en su memoria, ya que su padre le leía la «Canción del pirata» en voz alta cuando era pequeño, y eso supone un punto de partida. Pero como veremos, la verdad de la poesía se concibe como un punto de llegada, un lugar de encuentro entre el autor y el lector a través del espacio público que encarna el poema. Ese lugar de encuentro, ese lugar de llegada, debió atravesar una determinada educación sentimental y una serie de decisiones personales –asimismo circunstanciales– con los años, para que el poeta Luis García Montero se decidiera a ser quien es. *Un velero bergantín* da cuenta de ese recorrido, al menos de las calas más importantes y sugestivas que conformaron primero como lector a Luis García Montero, y después como autor.

¹ García Montero, Luis, *Un velero bergantín. Defensa de la literatura*, Madrid, Visor, col. Visor Literario, 2014, p. 84.

El volumen se articula en 31 capítulos, todos ellos breves, y un corolario final titulado «Un decálogo más... (¿qué importa al mundo?)», que funciona a modo de resumen y profundización de algunas de las ideas aportadas a lo largo del libro, siendo además un texto que se puede leer de manera independiente. De hecho, todos los capítulos podrían leerse como autónomos, a modo de lecciones poéticas, aunque hay varios hilos conductores que los agrupan, y eso habla de la pericia compositiva de nuestro autor. Algunos de estos textos aparecieron de manera independiente, sobre todo en prensa u otras publicaciones, pero la elaboración final del conjunto responde a un proceso concienzudo y organizado con voluntad de unidad.

Dicho esto, esa invitación a la lectura es algo más, diríamos que mucho más, ya que lleva pareja una propuesta didáctica y ejemplos para leer poesía, esbozando sucintos comentarios sobre algunos de los autores dilectos para García Montero, con aquellos poemas que poseen un valor especial, acompañados de un repertorio bibliográfico que ayuda a comprender el mundo del poeta. Por cierto, Diana Esteba Ramos se ha encargado asimismo de señalar la capacidad didáctica de la poesía de nuestro autor², puesto que su obra se pliega también al didactismo, el cual proviene de ese compromiso con los lectores que plantea el contrato social como una responsabilidad cívica de los individuos, la creación de un espacio social y público donde encontrarse. De la misma manera, el contrato pedagógico extiende el concepto de contrato social y lo lleva al terreno de la educación. A partir de un merecido homenaje al profesor y crítico literario Darío Villanueva (capítulo 21), García Montero contempla la literatura como una responsabilidad para con los demás, pues transita el territorio del oficio y debe huir, en aras de una efectividad positiva, de la profesionalización, convirtiéndose así en el mejor exponente del compromiso que supone la enseñanza: «El contrato social siempre ha buscado su raíz en un contrato pedagógico»³, argumentará. Y un poco después: «Por eso definiendo lo que sucede en el aula, la responsabilidad de cada uno en lo que sucede, y por eso creo que el saber encuentra no ya espacios deseables de rebeldía, sino lugares para la vinculación humana»⁴.

Así, García Montero elabora una genealogía literaria personal por la que discurren algunas de las voces más importantes en su trayectoria, no todas, una especie de extracto de sus preferencias literarias, o aquella selección –por ejemplo, no se dedica ningún capítulo a Rafael Alberti, del que sabemos que nuestro poeta es muy devoto, y podríamos citar más autores– que le ha servido en esta ocasión para llevarnos hacia donde él quiere, que es esa invitación y esa defensa de la literatura, explicándonos su significado, cuya reflexión ha ido atesorando durante décadas. Por citar solo *en passant* algunos de los autores u obras a los que se les dedican –primordialmente– capítulos, y no solo poetas, recordemos *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, Luis Cernuda, Francisco Brines, Federico García Lorca, Jaime Gil de Biedma, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas... A esa genealogía, encabezada por José de Espronceda, y que a la postre resultará el libro, le sigue una meditación en torno a la importancia de la lectura para fomentar la conciencia crítica, y a propósito de una cita de Edward W. Said, nos dice: «Reduccionismo, cinismo y marginalidad, tres palabras que definen nuestro presente. Pensar en la lectura como una alternativa supone,

² Esteba Ramos, Diana, «Luis García Montero: su utilidad en la didáctica de la poesía», en Asociación Andaluza de profesores de Español “Elio Antonio de Nebrija”, *Actas del VIII Simposio de Actualización Científica y Didáctica de Lengua Española y Literatura (Málaga, 7-10 de febrero de 2002)*, Málaga, Diputación Provincial, 2003, pp. 175-179.

³ García Montero, Luis, *Un velero bergantín*, p. 97.

⁴ *Ibid.*, pp. 97-98.

en efecto, un acto de emancipación»⁵. Finalmente, Luis García Montero se adscribe a esa tradición de poetas y engasta su poema «Mujeres», perteneciente a *Habitaciones separadas* (1994), para explicar la mercantilización de los cuerpos de la sociedad posmoderna, su banalización, los conflictos posmodernos de la anorexia, las diferencias entre los cuerpos virtuales y perfectos, y los reales e imperfectos, y por último realizar algunas confesiones y curiosidades de taller que siempre se agradecen. Además, en la primera parte del volumen, en los primeros capítulos, habría que señalar que una filósofa que leemos en repetidas ocasiones es Martha C. Nussbaum, para denunciar «el lado carnívoro y avaricioso del ser humano, en vez de cultivar la imaginación moral que nos ayuda a comprender el dolor ajeno»⁶. No podemos olvidar que el siglo XX nos ha dado la imagen de

[...] muchos asesinos escuchando a Wagner en un campo de concentración, mientras los científicos resolvían problemas matemáticos para sus armas de destrucción masiva. [...] Pero también es verdad que el arte educa nuestra sensibilidad y nos ayuda a mirar a los ojos, a descubrir una vida propia [...]. Nos ofrece la imaginación moral necesaria para hacernos responsables de nuestra barbarie y comprender el dolor ajeno. El arte es un aliado eficaz de la experiencia de la vida para salvarnos del analfabetismo ético. Si hay un lado carnívoro en el ser humano, existe al mismo tiempo una parte compasiva que convierte la realidad en una conversación y al individuo en un lugar hospitalario⁷.

La reflexión de Adorno, tras el holocausto de Auschwitz, está servida, y también el relativismo contemporáneo. Nuestro autor lo enfrenta sin ingenuidades, como vemos, y a partir de aquí podríamos conectar algunos de los aspectos más decisivos que se tratan en *Un velero bergantín. Defensa de la literatura*, a propósito de la defensa de una individualidad crítica, no homologada, en contra de la homologación de las conciencias del capitalismo avanzado, que diría Fredric Jameson, o tardío, en la época de la reproductibilidad tecnológica, que escribió Walter Benjamin.

Frente al relativismo del reduccionismo, el cinismo y la marginalidad citados anteriormente, el poeta granadino señala que «Es estéril mantenerse al margen. Una versión más del individualismo posesivo, una nueva sacralización del egoísmo como perspectiva única para fundar la subjetividad»⁸. El blindaje neoliberal y conservador del sujeto contemporáneo, que por una parte lo “disuelve” o fragmenta, se debilita, pierde entereza o entidad, para luego proponerlo como intocable y desligado de sus vínculos sociales, será uno de los argumentos sobre los que se articule esta invitación a la lectura, como propuesta de encuentro o diálogo de dos conciencias, la del autor y el lector a través del espacio público que representa el texto, esto es, el poema. La propuesta de García Montero realiza una apología de la lectura como espacio de encuentro entre dos conciencias, la del autor y la del lector a través del espacio público que supone el poema, el texto como lugar de intermediación donde se pone en marcha ese diálogo decisivo, crucial para fomentar el pensamiento crítico. Partimos de la base de una proposición que tiene en cuenta en sus fundamentos el materialismo histórico, pero no una visión roma y teleológica, idealista y totalitaria, sino una concepción althusseriana que plantea el materialismo del encuentro

⁵ *Ibid.*, p. 18.

⁶ *Ibid.*, p. 24.

⁷ *Ibid.*, p. 23.

⁸ *Ibid.*, p. 19.

para articular ese diálogo. Materialismo también llamado del azar o aleatorio⁹. No citamos al filósofo marxista francés en vano, pues como es sabido forma parte de la educación filosófica de Luis García Montero desde sus inicios, ligado estrechamente a la corriente “La otra sentimentalidad”¹⁰, esa tendencia que nació en Granada, pero que con los años se fue cumpliendo en la poesía de la experiencia¹¹. “La otra sentimentalidad”, recordemos, fue fundada por Javier Egea, Álvaro Salvador y el propio Luis García Montero en 1983, y las fechas no serán un dato baladí. Esto es solo el inicio. El poeta no participa de una ilusa o ingenua visión idílica del futuro, un progreso al que obligatoriamente camina la humanidad, sino que sabe muy bien y asume los fracasos históricos que la izquierda ha vivido como auténticos batacazos ideológicos, y la falta de lenguaje ulterior y palpable de las últimas décadas.

En este sentido, deberíamos remontarnos a la publicación en 1979 de *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*, traducido al español en 1987 –y reeditado en múltiples ocasiones– como *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, de Jean-François Lyotard, ensayo que puso en el disparadero las problemáticas y conflictos que afrontaba el último tercio de siglo XX respecto a la utopía progresista, y cómo encarar el desmoronamiento de aquellas ideas que habían configurado la izquierda desde el siglo XIX. Aunque los inicios del concepto de posmodernidad se pueden rastrear algo antes, este libro ha servido como base filosófica para justificar el pensamiento neoliberal economicista de los últimos cincuenta años, que comenzaron justamente coincidiendo su publicación, en 1979, con el gobierno de Margaret Thatcher en el Reino Unido, y que continuaron dos años después, en 1981, con la primera legislatura de Ronald Reagan. Lo demás es historia recentísima, hasta los días del infausto Donald Trump. Una década, la de los ochenta, marcada por una fuerte impronta neoliberal, y que entre 1990 y 1991 desembocó en la disolución de la URSS, con lo que eso significó para desarbolar el pensamiento de izquierdas y cualquier atisbo de conciencia colectiva.

Como es bien sabido, Lyotard propone el archiconocido «fin de la Historia», la Historia con mayúsculas, esa historia que había guiado al pensamiento de izquierdas desde sus orígenes marxianos. Con el fin de la Historia se aceptaban las leyes del mercado y su desregulación, en pro de un supuesto y futuro reparto de la riqueza –según Adam Smith– igual de quimérico que el paraíso comunista, pero eso, claro, no se advertía. Resultado: en contraposición a la Modernidad, la posmodernidad es la época del desencanto. Se renuncia a las utopías y a la idea de progreso de conjunto. *Utopía y desencanto*, ratificaría Claudio Magris. Se apuesta por el progreso individual, la desvinculación, la desmovilización social, la pérdida de las ideologías, y por tanto los individuos solo querrán vivir el presente, de ahí el capitalismo de consumo: el futuro y el pasado pierden importancia. Hay una búsqueda de lo inmediato, un proceso de pérdida de la personalidad individual mediante un procedimiento contradictorio, ya que se busca diferenciarse de los demás emulando modas sociales, y la única revolución que el individuo está dispuesto a llevar a cabo es la interior. Se rendirá culto al cuerpo y la liberación personal, si es que eso

⁹ Véase Althusser, Louis, *Para un materialismo aleatorio*, ed. y con un ensayo de Pedro Fernández Liria, trad. Pedro Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero y Guadalupe González Diéguez, Madrid, Arena Libros, 2002 [1982].

¹⁰ Véase Rodríguez, Juan Carlos, *Dichos y escritos (Sobre «La otra sentimentalidad» y otros escritos fechados de poética)*, nota editorial de Francisco Díaz de Castro, Madrid, Hiperión, col. Dicho y hecho, 1999 y Díaz de Castro, Francisco (ed.), *La otra sentimentalidad. Estudio y antología*, Sevilla, Vandalia/Fundación José Manuel Lara, 2003.

¹¹ Véase Iravedra, Araceli (ed.), *Poesía de la experiencia. Antología y estudio*, Madrid, Visor, 2007.

existe. El concepto de verdad universal se desmoronará de igual modo. De manera paralela, Lyotard expone también el final de los grandes relatos, *grand récit*, o metarrelatos (también las ideologías transformadoras y, en general, cualquier tipo de idealismos), en virtud de la cultura popular *kitsch*, esa estética pretenciosa, de mal gusto y pasada de moda (la década de los ochenta), para refugiarse en el pastiche, el *collage* y la parodia, recordándonos de algún modo al sujeto ironista de Richard Rorty, dejando de importar el contenido del mensaje y revalorizando la forma en que es transmitido, el grado de convicción que pueda producir. Esto es, la publicidad, que vive su auge desde los *mass media* y los mecanismos de control mediáticos –que exhibiera Deleuze– de las grandes corrientes de pensamiento supeditadas a intereses macroeconómicos, *holdings* empresariales o sociedades de cartera, y mucho más hoy desde la realidad virtual a la que asistimos... Por consiguiente, la disolución de las fronteras entre la alta y la baja cultura –esas dos culturas tipificadas por Charles Percy Snow– se plantea como uno de los grandes logros de la posmodernidad, que posee en el *pop art* uno de sus icónicos exponentes, pero que podría trasladarse a casi todos los géneros y disciplinas. Aunque no sin sus contradicciones. El arte como consumo necesita productos culturales fáciles de digerir por las masas. Excepto en pocos casos, el arte que ha llegado a más gente ha conllevado un rebajamiento de calidad estética, fruto de su mercantilización, situándolo en el estrato más bajo, en el noveno círculo o anillo. Cultura para todos, sí, es cierto, pero de menos nivel. Por el contrario, la transversalidad y discursividad de disciplinas y géneros, la intertextualidad y la hibridación han ofrecido muestras artísticas abiertas, en continuo diálogo con el pasado y las corrientes más importantes, interesantes o del propio gusto de los autores y artistas, en otra de las facetas más características de la posmodernidad, su eclecticismo. Pero no nos confundamos. Frente a la reacción conservadora, que degrada la cultura desde abajo, Luis García Montero reivindica una cultura popular digna de sus raíces y orgullosa de sus conexiones con la tradición, como en el capítulo que homenajea al cantaor Enrique Morente, quien como sabemos mantuvo una relación fértil con la investigación constante con la vanguardia y la fusión, dentro del flamenco:

Vivimos malos tiempos para la cultura. Pero nos equivocamos al preocuparnos sólo de la falta de inversión pública y de las trabas e impuestos que cargan con voluntad agresiva las cuentas del teatro, el cine, la música, los libros y las demás actividades que suelen englobarse en la Cultura con mayúscula. La agresión más desoladora está produciéndose sobre la cultura popular, ese sedimento de comunidad y de saberes que ha sostenido durante tantos años la sensualidad, el respeto y las relaciones de la gente con la vida. La telebasura, la humillación todopoderosa a la zafiedad y el mercantilismo, están dejándonos sin arraigo más allá del rencor y la sospecha generalizada. Junto a la desaparición de los oficios, la conversión de la gente en audiencia es uno de los mecanismos más graves de perversión de la realidad. El tradicionalista pervierte la tradición, el puritano la pureza y el populista la cultura popular¹².

Observamos que nuestro autor comparte, con lucidez y en buena lógica, la discusión de la izquierda (Jameson, Said, Vattimo, etc.) sobre esta concepción ultramontana de la posmodernidad, pues si bien se entiende que el concepto de posmodernidad marca una ruptura con algunas de las ideas más conflictivas de la Modernidad, con sus grietas, explicando los cambios sociológicos, económicos y de otros órdenes, producidos en Occidente

¹² García Montero, Luis, *Un velero bergantín*, pp. 56-57.

a partir sobre todo del final de la Segunda Guerra Mundial, lo cierto es que lleva pareja un refuerzo de las nociones más duras del pensamiento neoliberal. Por eso uno de los hermeneutas más importantes del último medio siglo, Jürgen Habermas, no terminará nunca de aceptar el término, y seguirá peleando por el proyecto inconcluso de la Modernidad. El filósofo alemán participará en un volumen emblemático en 1983, y junto a otros críticos y pensadores de la izquierda del panorama internacional se reunieron en torno al libro *The Anti-Aesthetic: essays on Postmodern Culture*, traducido al español en 1985 como *La posmodernidad*, en edición a cargo de Hal Foster. La aportación de Habermas, no obstante, recoge una conferencia que inicialmente se dictó en 1980 con motivo de la recepción del premio Theodor Adorno. Así que, como vemos, poco tardó el pensamiento de izquierdas, que sin embargo veía ya entonces venir el batacazo y fracaso de la URSS, en armarse ante lo que estaba por suceder, es decir, la pérdida de lenguaje, para tratar de contener en el plano privado el empuje de ese individualismo salvaje –en el plano público, los *Podere salvajes*, según Luigi Ferrajoli– al que estábamos desembocando.

Luis García Montero participa del relato de estas preocupaciones, involucrándonos en su narrativa, y nos impregna con sus deliberaciones en un mundo donde la imaginación moral sustituye a la utopía, desplazándola con sutileza, de igual modo que la admiración hace lo propio con la esperanza. Sin ingenuidades, repito, sin falsos entusiasmos, pero con la tenacidad de la razón, y con la voluntad de la pasión («se trata de la voluntad de crear la dimensión de un tiempo habitable y compartido»¹³), porque el panorama de las humanidades y la lectura resulta demasiado pantanoso como para no andarse con mucho cuidado a la hora de realizar cualquier afirmación con atisbos de verdad totalizadora. Otro de los caballos de batalla de la posmodernidad, el consumismo y la deificación del presente, dejando a un lado el pasado –en consonancia con el fin de la historia– y el futuro, tiene mucho que ver con «la deriva mercantilista de la ciencia, la política, la educación y las instituciones»¹⁴. El utilitarismo y la instrumentalización de cualquier faceta de la vida o asunto, posándose en nuestro inconsciente colectivo y libidinal, dotándolo en última instancia de perspectivas economicistas, nos gobiernan como en un mal sueño donde el fin justifica los medios. Por eso se es consciente del mundo que habitamos, y la realidad que plantea la posmodernidad es irrefutable, en términos de Fredric Jameson, nos guste o no. El profesor y crítico literario Andrés Soria Olmedo ha indicado y contextualizado la condición posmoderna de nuestro tiempo y de nuestro autor de este modo, un «moderno» a lo Habermas, luchando por el proyecto Ilustrado:

Y, en efecto, para un poeta de formación marxista a quien le toca históricamente afrontar la condición postmoderna que en este fin de siglo impone la desconfianza en los «grandes relatos», es casi inevitable volver a la Ilustración y entenderla como un proyecto inacabado (Habermas, con un grano de sal), digno de ser proseguido con la ironía (Umberto Eco) que imponen los tiempos, más que considerarla (con varios franceses) como una empresa exhausta¹⁵.

En cualquier caso, y no por nada, el propio García Montero zanjó su adscripción a la posmodernidad cuando se definió a sí mismo como un «romántico ilustrado»:

¹³ *Ibid.*, pp. 67-68.

¹⁴ *Ibid.*, p. 143.

¹⁵ Soria Olmedo, Andrés (ed.), *Literatura en Granada (1898-1998). II Poesía*, Granada, Diputación Provincial, 2000, p. 166.

Recuperar el futuro [...] tiene más que ver con unos ojos ilustrados capaces de aprender las enseñanzas del romanticismo que con unos ojos románticos empeñados en acabar con la Ilustración. En la llamada poesía de la experiencia se produce una lectura precisa de la postmodernidad¹⁶.

Adscrito a una óptica crítica que reivindica en cualquier caso leer la posmodernidad con ojos modernos, la recuperación de algunos de los ejes de la modernidad se plantea como clave para comenzar a pensar. Y quizás actuar. Así, por ejemplo, con el tiempo, que como ya hemos explicado en la posmodernidad solo piensa en el presente, borrando el pasado, las huellas y la tradición que nos precede, leyendo solo de él lo que nos interesa para el pastiche, y desentendiéndonos del futuro, por inalcanzable. El hilo de la Historia vuelve a tenerse en cuenta desde una posmodernidad progresista, crítica, subversiva o de resistencia, que diría Hal Foster¹⁷:

Las utopías han trazado un camino lleno de trampas y de infiernos. En nombre de un futuro perfecto, los comisarios borraron el presente, las víctimas se convirtieron en verdugos y se negó cualquier límite propuesto por la ética. Fue entonces necesario sospechar del discurso de la Historia, de las coartadas sugeridas por el porvenir, y recordar que el presente era el espacio de la decisión, el campo moral en el que nos definimos como individuos. Frente a los pragmáticos, los profesionales del futuro y los nihilistas, hizo falta volver a hablar de valores. Aún a riesgo de ser desacreditados como moralistas o buenistas, pareció imprescindible recordar que el fin no justificaba los medios¹⁸.

Como vemos, nuestro autor asume la crítica a las ingenuidades del marxismo teleológico, y los idealismos que desembocaron en totalitarismos, destruyendo la utopía. Pero no significa que se renuncie a un sentido crítico de la realidad. Por eso, y ante este panorama tan negro y tan poco alentador, un individuo sacralizado hasta la médula, una confianza ciega en la tecnología, los *mass media* y la virtualidad, una sociedad desvinculada, vueltos células independientes los seres humanos, desconectados entre sí, una despolitización y desideologización galopantes, la ausencia del sentido de justicia y compromiso, la incredulidad más absoluta, ¿cómo podemos reaccionar? Y más de un siglo después se repite la pregunta ¿Qué hacer?, que se formularía Vladímir Ilich Uliánov, alias Lenin, retomando el título de la novela homónima de Nikolái Chernyshevski.

Recordarles a los medios que no pueden desprenderse de su fin supone recuperar la voluntad de relato, destacar de nuevo la importancia de la imaginación moral y las ilusiones históricas. La experiencia obliga a no desentenderse de la realidad, a no descuidar los valores, a no separar el futuro del presente. Pero en tiempos de descrédito y de protocolos huecos, es imprescindible apostar por la ilusión, volver a la historia, quizás a aquello que Albert Camus llamó las utopías modestas. Quitarles grandilocuencia a las promesas supone vincularse éticamente con la realidad¹⁹.

¹⁶ García Montero, Luis, «La poesía de la experiencia», *Litoral*, 217/218 (1998), p. 16.

¹⁷ Véase Foster, Hal, «Introducción al posmodernismo», pról. a Habermas, Jürgen *et alii*, *cit.*, 2002 [1985], pp. 7-17.

¹⁸ García Montero, Luis, *Un velero bergantín*, p. 148.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 149-150.

Tal vez no estemos en tiempos de revoluciones, pero sí de reformulaciones. No de grandes cambios, pero sí de reformas. Y con esto concluimos, no sin antes insistir en la idea de que nos encontramos ante una posmodernidad cargada de un nuevo sentido, en la cadena semiótica de enunciados culturales, actualizada o reformulada a través de la mirada que nos otorga la literatura, y puesta en otra dirección semántica al haberse liberado de los lastres del academicismo, el profesionalismo de los profesores científicos, y la *tabula rasa* que supone la desvinculación de los individuos en una sociedad sin nexos ni futuro. No podemos renunciar...

Considero precisamente la literatura como un antídoto contra la versión estrecha y contaminadora de la idea productivista del progreso. La palabra poética, con su lentitud y su merodeo, se opone a la superstición tecnológica. Ilumina el lado humano, poético, de la tecnología y de la ciencia²⁰.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, Louis, *Para un materialismo aleatorio*, ed. y con un ensayo de Pedro Fernández Liria, trad. Pedro Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero y Guadalupe González Diéguez, Madrid, Arena Libros, 2002 [1982].
- Díaz de Castro, Francisco (ed.), *La otra sentimentalidad. Estudio y antología*, Sevilla, Vandalia/Fundación José Manuel Lara, 2003.
- Egea, Javier – Salvador, Álvaro – García Montero, Luis, *La otra sentimentalidad*, Granada, Ed. Don Quijote, col. Los pliegos de Barataria, 1983.
- Esteba Ramos, Diana, «Luis García Montero: su utilidad en la didáctica de la poesía», en Asociación Andaluza de profesores de Español “Elio Antonio de Nebrija”, *Actas del VIII Simposio de Actualización Científica y Didáctica de Lengua Española y Literatura (Málaga, 7-10 de febrero de 2002)*, Málaga, Diputación Provincial, 2003, pp. 175-179.
- Foster, Hal, «Introducción al posmodernismo», pról. a Habermas, Jürgen *et alii*, 2002 [1985], pp. 7-17.
- Habermas, Jürgen *et alii*, *La posmodernidad*, ed., selec. y pról. de Hal Foster, trad. de Jordi Fibla, Barcelona, Kairós, 2002 [1985].
- García Montero, Luis, «La poesía de la experiencia», *Litoral*, 217/218 (1998), pp. 13-21.
- , *Un velero bergantín. Defensa de la literatura*, Madrid, Visor, col. Visor Literario, 2014.
- Iravedra, Araceli (ed.), *Poesía de la experiencia. Antología y estudio*, Madrid, Visor, 2007.
- Lytard, Jean-François, *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*, Paris, Éditions de Minuit, 1979, trad. al español como *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, trad. Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra, col. Teorema, serie mayor, 1987.
- Rodríguez, Juan Carlos, *Dichos y escritos (Sobre «La otra sentimentalidad» y otros escritos fechados de poética)*, nota editorial de Francisco Díaz de Castro, Madrid, Hiperión, col. Dicho y hecho, 1999.
- Soria Olmedo, Andrés (ed.), *Literatura en Granada (1898-1998). II Poesía*, Granada, Diputación Provincial, pp. 165-172.

²⁰ *Ibid.*, pp. 157-158.